



Marlène Mocquet.
Popeye et les animaux domestiques, 2008.
Cortésia Galerie Alain Gutharc, Paris

Foto: Marc Donaghy

Marlène Mocquet

Musée d'Art
Contemporain
de Lyon, Lyon.

Desde el 13 de febrero
hasta el 19 de abril.

Felipe Hernández Cava

Escribía Emil Nolde, allá por 1934, que todos sus cuadros libres y fantásticos surgieron sin ningún ejemplo ni modelo, sin ninguna representación de contornos determinados. "Évité de antemano", decía, "toda reflexión,

me bastaba con una vaga representación de ardor y de color... Ser fantástico en la obra es hermoso, querer serlo es estúpido". Y no sé por qué, me acordé de esas palabras, la primera vez que vi un *gouache* de Marlène Mocquet, la joven artista francesa (Mison Alfort, 1979) que estoy convencido de que

está llamada a ocupar un lugar importante en la plástica internacional por el rigor con que viene construyendo un programa estético que tiene por fin último el hacer interrogarse al espectador ante una propuesta que almacena en sí misma casi un sinfín de niveles de lectura paralelos.

Lo enigmático de ese universo que está poniendo en pie no reside tanto en esa presencia de bestias imaginarias, y a menudo monstruosas, que parecen surgir de la pesadilla de un surrealista más, sino en que en cada uno de esos pequeños cosmos que nos desvela hay un auténtico ejercicio de armonización de contrarios. Así, por ejemplo, tras una falsa apariencia de ingenuidad, que podría parecer emparentada con alguno de esos mangas mediocres que leen los adolescentes de medio mundo, y cuyo impacto tanto furor causa en los artistas emergentes, hay todo un auténtico juego de interpelación con algunos de los grandes nombres del Arte que han explorado los lados más salvajes y oscuros de nuestra existencia (ella suele optar por referirse a gentes que nos son tan próximas como Jean Rustin o Albert Oehlen, pero está claro que los destinatarios de ese diálogo son más bien nombres como Klee, Ensor o Ernst). No hablamos, por tanto, de fantasía infantil alentada por las modas de la contemporaneidad sino de pesadillas tan ilustradas como grotescas que nos ponen a los espectadores en la tesitura de reconocer que nuestros miedos y deseos forman parte de una vasta tradición y han contado con una larga nómina de interlocutores.

Así mismo, allí donde los títulos que ella elige parecen desvelar la intencionalidad de un relato que tenemos que descubrir, advertimos pronto, por el contrario, que en ese espacio manifiestamente acotado hay toda una declaración antinarrativa de la que lo único que podemos extraer es esa incómoda sensación de enfermedad o de culpa que nos zarandea cada vez que nos expresamos en términos de belleza y fealdad, o de mal y bien ejecutado, habituales cuando nos tropezamos como aquí con un misterio de compleja resolución.

Ni siquiera el azar está dejado a su albur en estas obras, en las que lo más impresionante de su realización

(y en las láminas que acompañan este texto difícilmente lo van a poder percibir) es el equilibrio que alcanzan los materiales más rotundos y los más evanescentes, otro juego más entre lo formal y lo amorfo, lo transparente y lo inescrutable, que hace que esta plasmación de deseos y de miedos a

que sus perturbaciones son la mejor manera de reconocer esa *otredad* misteriosa que nace en cada uno de nosotros para después proyectarla sobre aquel semejante que, por desconocimiento, nos parece un umbral abierto a todos los infiernos. Y traduce así, espontáneamente, todo aquello que conmociona

elitista, se decidiera a relacionar todas sus emociones ambivalentes en igual paridad sobre un lienzo entendido como el punto de encuentro para la exhibición propia y la observación ajena, una observación que ella reclama con una celebración del colorido que torna ese potencial a *priori*



Marlène Mocquet. *La tête et la main aux grains de beauté humains*, 2008. Cortesía Galerie Alain Gutharc, París

medio resolver se torne en una celebración de las ambivalencias de eso que hemos dado en llamar el estilo de un artista.

En esta visión sofisticada de la parte más perturbadora de la comedia humana, Marlène Mocquet parece desenvolverse sin otro programa previo que el de contar con

nuestra concepción de la libertad. Es tan opaca y luminosa a un tiempo como lo es cada uno de los humanos y evita, por tanto, seleccionarnos un mensaje unívoco que transmitirnos.

Lo que pinta es lo que pintaría el *alter ego* de cualquier artista que en este tiempo, zarandeado por igual por la cultura visual popular y la

dramático en gozo libre de la voluntad expresiva.

Vale la pena detener la mirada en todo este escenario de equívoco descontrol del que podemos ser intérpretes sin necesidad de dominar clave alguna de su simbolismo y aceptarnos a nosotros mismos tan sutiles como groseros.